



Arquitectura y compromiso político

Claude Schnaidt

Conferencia en la Academia de Bellas Artes. Hamburgo (2 de marzo de 1967)

Publicado en *ulm zeitschrift der Hochschule für Gestaltung*, nº 19, 20. 1967

En aquellos tiempos en que los pioneros de la arquitectura moderna eran todavía jóvenes pensaban como William Morris que su trabajo debía ser *un arte del pueblo para el pueblo*. En lugar de satisfacer los gustos de unos pocos privilegiados, querían responder a las necesidades colectivas, querían construir viviendas adaptadas a las necesidades humanas para erigir una “ *cité radieuse* ”. Pero no habían contado con los instintos comerciales de la burguesía a la que le faltó tiempo en arrogarse esas teorías como propias, para ponerlas a su servicio con el fin de hacer dinero. El concepto de utilidad se convirtió de pronto en sinónimo de rentabilidad, las formas antiacadémicas terminaron siendo la nueva decoración de la clase dominante, la vivienda racional se transformó en la vivienda mínima, la “ *cité radieuse* ” se quedó en el conglomerado urbano y la austeridad de la línea en la pobreza de la forma. Aquellos arquitectos de los sindicatos, de las cooperativas y de los municipios socialistas fueron alistados al servicio de las destilerías de whisky o de los fabricantes de detergentes, de los banqueros y del departamento de estado norteamericano. La arquitectura moderna, que quería desempeñar su papel en la liberación de la humanidad con la creación de un entorno nuevo para vivir, se transformó en una empresa gigante de la degradación del hábitat. La arquitectura moderna, que proclamaba el fin del formalismo, se convirtió en un pasatiempo para unos pocos iniciados que gustaban de jugar con las formas. La arquitectura moderna, que tenía la ambición de liberar al hombre para que pudiera disfrutar de las cosas buenas de la vida, terminó por esclavizarlo y alienarlo. Hay que reconocer lo extraño de un gran movimiento que se transforma en su contrario. ¿Que ha sucedido? ¿era inevitable? ¿puede hacerse algo para revertir ese proceso?

Desde la primera revolución industrial, el trabajo del arquitecto ha sido construir, no para unos pocos privilegiados, sino para satisfacer las necesidades de una población siempre numerosa. Los problemas del arquitecto y del urbanista se han convertido en problemas sociales, es decir, problemas que se proponen libremente a la sociedad, por la propia sociedad, un hecho que ya no se discute. Sin embargo, son muy pocos los que están dispuestos a reconocer una consecuencia que se desprende de todo ello: que nadie puede tener influencia sobre las realidades sociales y económicas sin llegar a involucrarse políticamente. Aquellos pensadores del siglo XIX como Owen, Cabet, Fourier, y Morris, a partir de los cuales surgió el urbanismo moderno, estaban muy atentos a que sus propuestas como urbanistas fueran inseparables de una crítica a la sociedad capitalista en su conjunto.

Aunque, cien años después, con el fin de la Primera Guerra Mundial, esta visión comprometida del urbanismo no era ya frecuente, se vio evitalizada por la ola revolucionaria que sufrió Europa. La Revolución Soviética suscitó enormes esperanzas de un orden completamente nuevo, propicio a la creación de la “ciudad del futuro”. En Alemania se esperaba que con el fin de la monarquía llegaran las grandes reformas sociales que proporcionarían a la gente casas y ciudades propias de una nueva era. En todas partes se creía que la solución internacional de los problemas sociales, políticos y económicos, así como el cambio en las actitudes sociales, marcaría el inicio de ese tiempo nuevo. Y la gente se mostraba decidida a que se creara un marco material para esta nueva sociedad. Pero el sueño duró poco; quedó interrumpido con la crisis económica aunque luego se restableciera el orden. No era lo que la gente había soñado, era un orden impuesto por el capitalismo que recuperaba posiciones. Fue entonces cuando llegó Adolf Hitler, con su propia versión de ese “nuevo orden” que convertiría el sueño en la pesadilla que terminó siendo la Segunda Guerra Mundial. Más tarde vino la guerra fría y, finalmente, el neocapitalismo, con su sociedad de consumo, otra pesadilla, pero esta vez completamente climatizada.

Detrás de las depresiones, la violencia, la opresión, la destrucción, la tensión y la explotación de los últimos cincuenta años, encontramos siempre los mismos poderes del dinero y las mismas fuerzas reaccionarias. Son ellos los que, para mantener sus privilegios, previenen la satisfacción de las necesidades de la gente, son quienes hasta ahora, han impedido que los arquitectos y los urbanistas hagan del mundo un sitio habitable. Dicho esto, es pertinente preguntarse si los arquitectos y los urbanistas han hecho todo lo que estaba en su mano para corregir esa situación. Reconozcamos que vivimos en medio de intereses en conflicto. Para la ejecución de nuestros proyectos, dependemos de la clase propietaria y dirigente pero a su vez, tenemos que defender los intereses de los consumidores. Esta

posición confusa no justifica que tengamos una actitud ambivalente que nos obligue a ocultar la verdad a nosotros mismos o a los demás, mientras esperamos pasivamente un hipotético cambio. Aunque nuestra posición en la sociedad sea incómoda, nuestro trabajo se haga difícil o no podamos dar rienda suelta a nuestras ideas, no es razón para que no hagamos nada por remediarlo. Pero si queremos cambiar la sociedad, hace falta que la conozcamos y que tengamos ideas claras sobre qué hacer para resolver los problemas, que nos comprometamos políticamente para poner en práctica las soluciones que consideremos adecuadas.

Durante la primera mitad del siglo XX la mayoría de los arquitectos carecían de esa claridad de ideas acerca de la sociedad o del compromiso político. Si tomamos a Le Corbusier, Wright, Gropius, Geddes y Mumford, por mencionar sólo algunos de los más conocidos, y vemos sus teorías, encontramos siempre las siguientes características generales: critican el régimen existente (el capitalista, aunque casi nunca se mencione) del que subrayan el caos y la falta de humanidad, pero pronto abandonan en sus proyectos cualquier plan revolucionario concreto y pasan a otro utópico e idealista. No son capaces de mostrar la necesaria conexión dialéctica entre la sociedad del presente y la del futuro para impulsar un proceso que acabe con aquella; en cambio, subordinan el desarrollo histórico a la realización de una idea a la que atribuyen un valor absoluto; establecen una barrera entre el presente y el futuro que entienden como un antagonismo entre el bien y el mal: el presente simboliza la confusión total, el futuro, un orden perfecto. Tratan de mostrar cómo ese mundo futuro llegará inevitablemente por su simple superioridad moral. Incapaces de producir ningún cambio real en la sociedad ni en su entorno, llegan a creer que el desarrollo social será determinado esencialmente por las ideas. De ahí que en sus propuestas hagan hincapié en el logro de la razón y no en el compromiso ni en la acción política junto a las clases más desfavorecidas; imaginan que es suficiente convencer a la gente de las virtudes de sus proyectos para que se lleven a efecto.

Esta idea de la acción se ha demostrado siempre inútil. Y por su inutilidad ha embrutecido el sentido de responsabilidad social y, por tanto, ha engendrado el surgimiento de formas bastardas de expresión de esos movimientos legítimos. Como ejemplo, el formalismo en la arquitectura de los años veinte y treinta, que surgió en gran medida a partir de débiles indicios de los arquitectos sobre la contradicción existente entre su idea humanista de la civilización industrial y la comercialización de la sociedad burguesa. No viendo cómo encajar sus iniciativas en la realidad, estos arquitectos trataron de encontrar una solución en términos estéticos a los problemas económicos y sociales que planteaba la transformación que preconizaban. Se engañaban a sí mismos si creían que podían prescindir de las condiciones históricas esenciales para la realización de su ideal mediante la ferviente búsqueda de un nuevo lenguaje formal.

No se trata de que sometamos a juicio a las anteriores generaciones. Trabajaron a la luz de su experiencia a partir de observaciones empíricas, por lo que estamos en deuda con ellos. Pero hay que admitir que nunca alcanzaron ese grado de abstracción científica indispensable para llegar al corazón de las realidades sociales, para reflejarlas verdaderamente y asumirlas en su totalidad. Aunque muchos arquitectos y urbanistas quisieran verse a sí mismos como racionalistas, su acción revelaba más bien una mística social antes que un conocimiento racional de los hechos y un compromiso coherente para poner esos conocimientos en práctica. Esa es la razón por la que la arquitectura moderna y el urbanismo han fracasado en una tarea que consistía en utilizar su influencia como instrumento de progreso en el mundo moderno. Este fracaso nos obliga a examinar de nuevo el asunto de la responsabilidad social del arquitecto. Desafortunadamente un propósito así ha tenido un mal comienzo; en vez de ir a las raíces del problema que pretendían denunciar, los arquitectos se han contentado con argumentos apresurados y han sido narcotizados con grandes dosis de las sensaciones fuertes, espontaneidad brutalista, visiones fantasiosas y predicciones tecnocráticas.

Algunos de nuestros compañeros arquitectos pretenden reaccionar a las oblicuidades y degradaciones del pasado inmediato volviendo a una arquitectura emocional en lugar del formalismo geométrico y del utilitarismo directo, se proponen poner remedio a la aridez, a la rutina, a la monotonía y al tedio de la arquitectura racionalista y para ello disfrazan y complican lo que la tecnología había desnudado y simplificado. No es una simple coincidencia que muchos de sus esfuerzos recuerden los excesos del Art Nouveau porque surgen de las mismas deseos de protesta contra la civilización tecnológica, de la misma intención de rehabilitar la individualidad creativa y restaurar la arquitectura como un arte. Esto no conduce a nada porque no ataca el mal del raíz. No será reemplazando rectas por curvas como podrán establecerse relaciones más sinceras, más directas, más justas entre los hombres. Las aberraciones de la ciudad moderna tienen causas sociales más profundas que la forma de los edificios. No será levantando monumentos (y sólo la historia puede decidir lo que es un monumento y lo que no lo es) como harán más felices a los seres humanos. La autoglorificación nunca ha traído la felicidad. No se domesticará la

tecnología edificando teatros con forma de lepidópteros y aeropuertos sinusoidales. Lejos de resolver la cuenta de los ingenieros, subraya el triunfo del barroquismo contemporáneo. ¿De que sirve impugnar los esquemas formales de los racionalistas, si uno deja sin rebatir las ideas utópicas que hay detrás de ellos? ¿De que vale denunciar la miseria de las grandes aglomeraciones urbanas y la degradación del hábitat moderno, sin que, al mismo tiempo, se denuncie el mercantilismo burgués que los propicia? ¿De que sirve acusar al racionalismo, cuando, en realidad, no se trata de otra cosa que un racionalismo mecanicista, limitado y obsoleto? La arquitectura moderna se encuentra en un callejón sin salida, no por un abuso del racionalismo, sino por la ignorancia del verdadero pensamiento científico; no por exceso del sentido social, sino más bien, por la ausencia de un contenido social concreto.

Desde hace algunos años otros arquitectos han intentado una reformulación radical de la idea de la ciudad, están convencidos de que el maquinismo moderno permite toda suerte de audacias en la arquitectura y en el urbanismo. Esto es lo que hay detrás de su búsqueda de algo parecido a naves espaciales, cajas de embalaje, sistemas de archivo, refinerías o islas artificiales. Sus proyectos ponen el acento en el crecimiento de la población, en el ocio creciente provocado por la producción automatizada, en la aceleración del transporte, en la capacidad de adaptación a las necesidades variables. Abogan por concentraciones muy densas de población y proponen ordenar verticalmente toda forma de vida humana que previamente se disponía de forma horizontal. Esto, por supuesto, implica la creación de un clima artificial en cada parte de la ciudad. En la medida en que trata de dar con soluciones a problemas concretos, esta investigación es, sin duda, de gran interés; encuentra su expresión final en los planes que, de aplicarse, marcarían una transformación de todo el entorno. Además, propician la emancipación de los sistemas anticuados de pensamiento (que son más resistentes al pensamiento en lo que se refiere a los edificios).

Pero no está libre de riesgos, estos arquitectos futuristas bien pueden tener el mérito de llevar la tecnología a su conclusión lógica, pero más a menudo su actitud termina en una suerte de idolatría de la máquina. La refinería y la cápsula espacial pueden servir como modelos de perfección técnica y formal, pero si se convierten en objetos de culto, las lecciones que pueden dar perderán por completo su efecto. Esta confianza ilimitada en las posibilidades de la tecnología va de la mano de un sorprendente grado de ingenuidad en relación con el futuro del hombre. Cuando el conjunto de la humanidad se asegure la base mínima que necesita para vivir, será el momento de pensar en trabajar menos. Y cuando llegue ese momento, parece probable que el ocio no se malgaste al estilo de Las Vegas, que parece fascinar a arquitectos futuristas. Cuando Yona Friedman afirma: “El trabajador, entendido como materia prima perderá importancia a favor del ‘espectador’ o ‘cliente’, se muestra partidario de una sociedad de consumo que, hasta ahora, ha suprimido todas las necesidades sociales. En todo caso, no podemos negar que las fantásticas imágenes que vemos en las revistas contribuyen a alimentar la vida de ensueño de nuestros contemporáneos, una oportunidad para escapar de la realidad de la vida cotidiana que no es más que una permanente frustración. Visiones como éstas tranquilizan a muchos arquitectos, ante tanta tecnología frente a una confianza tal en el futuro, se sienten tranquilos y justifican su abdicación social y política. Es sintomático que este utopismo coincida con un renovado interés en los artistas visionarios del siglo XVIII. Boullée, Ledoux y Lequeu tenían sueños más extravagantes de los que ninguna realidad les hubiera permitido concretar; no había ninguna posibilidad de que sus ideales románticos y humanistas pudieran realizarse bajo la monarquía. Por otra parte, los tesoros reales estaban por entonces vacíos y los sueños de grandeza de aquellos arquitectos nunca se llevaron a cabo. Esperemos que sus discípulos de hoy aprendan la lección de su falta de sentido.

Algunos arquitectos pasan por ser más realistas porque que se han convertido en apóstoles de la prefabricación y sus actividades han contribuido a despertar un entusiasmo general por una práctica que no es en sí misma mala, si no sirviera para ocultar una serie de problemas preocupantes. Es un error oponer la prefabricación a los métodos de construcción tradicional que han duplicado su productividad en los últimos quince años y pueden competir con la construcción prefabricada cuando no está sujeta a las fluctuaciones de la demanda. Si se espera que los avances tecnológicos reduzcan los costes de producción, sería sensato crear las condiciones básicas para la producción continua antes que poner a un método de construcción en contra de otros. Sin embargo, bajo la forma de economía de mercado que prevalece en la actualidad, es extremadamente difícil, si no imposible, asegurar la continuidad de la demanda. La experiencia durante la reconstrucción ha demostrado que una economía liberal era incapaz de ofrecer una solución satisfactoria a este problema. Frente a la escasez de viviendas a gran escala y la necesidad de garantizar un ritmo sostenido de construcción desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el Estado ha tenido que hacerse cargo cada vez más de la empresa privada ineficiente. Pero lo ha hecho a trompicones, bajo la presión de los acontecimientos y la mayoría de las veces, de sus acciones

no se deriva ninguna filosofía coherente; los resultados de esta política vacilante han sido, más de una vez, lo opuesto a los fines que pretendía alcanzar. Si el mercado se hace responsable de industrializar la construcción, se debe dar un primer paso ineludible, que no es otra cosa que la planificación económica. No nos referimos a uno de esos sistemas de planificación elaborados por burócratas al dictado de poderosos y clandestinos grupos de intereses, sino a un plan verdaderamente democrático orientado a satisfacer las necesidades de la comunidad. Mediante la planificación democrática, por ejemplo, cabe preguntarse si es justo hacer enormes esfuerzos técnicos para reducir los costes de la construcción, sin hacer nada al mismo tiempo para reducir la tasa, a menudo exorbitante, del interés que se cobra sobre el capital invertido y, también, si es razonable invertir en un coche el doble de lo que se invierte en un piso o en una casa. La propiedad privada y el precio extraordinario del suelo paralizan en la actualidad cualquier intento urbanístico serio. Y sin urbanismo, es decir, sin la posibilidad de predecir y planificar la expansión de las ciudades, es inútil intentar cualquier desarrollo sustancial de la prefabricación en la construcción. La nueva ley del suelo por la que los urbanistas han estado clamando cada año, es esencial tanto para el desarrollo de la prefabricación como para la reconstrucción de las ciudades. Es la solución que vemos a todos estos problemas que dependen del futuro de los procesos industriales en la construcción. Por eso es incorrecto o, incluso francamente deshonesto, tratar sólo de la tecnología cuando se habla de las decisiones relativas a este futuro. No es una opción, como algunos nos han hecho ver, entre el llamado edificio tradicional o la prefabricación, es una elección entre progreso técnico irregular, lento e incierto de la construcción en su conjunto, o una industrialización coherente, rápida y planificada para el bien común.

Mientras los arquitectos se refugian en el esteticismo, la fantasía y la tecnocracia, el medio ambiente y la vida cotidiana continúan su deterioro inexorable. Las megalópolis que se están formando parecen destinados al mínimo fracaso de sus infraestructuras sobrecargadas. Exigen para su funcionamiento prodigiosas cantidades de dinero, un gasto incapaz de evitar que las condiciones de vida y de producción vayan a peor. La subvención anual recibida por la Regie autónoma de los transportes de París es cuatro veces mayor que todas las asignaciones para ayudar a la industrialización en Bretaña durante los últimos diez años. Los desplazamientos para ir al trabajo y volver cuestan a los parisinos tres millones de horas por día, el equivalente al trabajo de un día completo en 400.000 empleados, lo que significa una pérdida miles de millones para la economía del país cada año.

La concentración de industrias y de sus oficinas principales dentro y alrededor de la metrópoli, así como el continuo aumento de los alquileres, obliga a las personas que trabajan allí a tener su hogar lejos de la ciudad, lo que ha hecho que las reducciones de la jornada laboral no sean más que una ganancia puramente ilusoria. Después de todo, una reducción de seis a ocho horas de trabajo a la semana significa muy poco cuando se pierden dos o tres horas al día yendo al trabajo y volviendo a casa, y todo ese tiempo lo es a expensas del ocio del que la gente está siempre hablando. Tampoco es el único daño, a ello hay que añadir el número de vidas humanas perdidas por accidentes de tráfico, un total de 4,7 millones mueren o resultan heridos en las carreteras de Estados Unidos cada año. Aparte de la pérdida de tiempo, dinero y vidas, el problema de los desplazamientos tiene otro tipo de consecuencias, esta vez de carácter social, con repercusiones tanto para el ciudadano individual como para la región urbana. Esta última se ha convertido en algo a “tiempo parcial” y sus habitantes han seguido su ejemplo. Así, al amanecer, un hombre abandona su pueblo, su barrio, su ciudad satélite para proporcionar la mano de obra que necesita la gran ciudad. Está fuera todo el día y llega a casa por la noche agotado y no quiere otra cosa que paz y tranquilidad; por esta razón es difícil que pueda aportar nada a la comunidad en que vive; no tiene ideas, ni críticas, ni iniciativas que proponer. Por lo que afecta a su entorno, al menos en parte, es como si estuviera muerto; y, sin él, su entorno también lo está, sobre todo, cuando aumenta el número de personas así.

Aunque algunas ciudades están creciendo a pasos agigantados, hay regiones que en proceso de claro deterioro, áreas que han sido abandonadas por hombres y mujeres valiosos, y por la mayoría de quienes han recibido algún tipo de educación y que se están convirtiendo en regiones habitadas tan sólo por niños y ancianos. En diez o veinte años pueden haber perdido para siempre los recursos humanos que les permitirían remontar la pendiente. Estas regiones carecen de centros financieros, técnicos, culturales, administrativas o de toma de decisiones en que sus habitantes pudieran confiar. Al no tener poderes autónomos, están privados de los medios necesarios para afirmar su personalidad económica y cultural y para desarrollarse como quisieran buscando el tipo de vida a que aspiran dentro de los límites de sus posibilidades. El futuro del desierto provinciano se resolverá de acuerdo con los criterios de los bancos, las corporaciones industriales y los departamentos gubernamentales que están localizados en la ciudad. La reconversión de las industrias que, vistas desde las grandes ciudades, parece imposible o escasamente

lógica, se convertiría en algo económicamente viable y seguro si la planificación y las ejecución fueran confiadas a aquellos que sobre el terreno están luchando por la supervivencia de su tierra. Para la región no se trata sólo de una extensión de terreno, para esa gente se trata de su casa, un lugar cuyas posibilidades pueden valorar y por el que están dispuestos a hacer sacrificios y esfuerzos que van más allá de la imaginación del banquero urbano y tecnócrata.

¿Cuál es la causa esencial de esta concentración? Cuando un fabricante se establece en un área desarrollada puede utilizar la infraestructura y los equipos existentes; y estos recursos (agua, gas, electricidad, teléfono, alcantarillado, comunicaciones, servicios de transporte público, edificios públicos) son pagados por la comunidad. Así, las empresas pueden eludir los gastos que conlleva la creación, renovación y adaptación de la infraestructura y del equipamiento; esto permite, por tanto, aumentar su margen de beneficio. Dicho de otra manera, la comunidad tiene que soportar lo que se ha llamado el “coste social de la empresa privada”. El compromiso político requiere exigir que lo peor de ese coste no sea soportado por la comunidad, sino por las propias empresas. Se trata de luchar contra la centralización del poder y a favor ámbitos en la toma de decisiones lo más cerca posible del trabajo y de las comunidades en que viven. Medidas como éstas pondrían, sin duda, el freno a la concentración y ayudarían a equilibrar el desarrollo del país.

En todas partes hay una gran escasez de guarderías, jardines de infancia, clubes juveniles, bibliotecas, centros culturales, piscinas, campos de deportes o plantas para el tratamiento de aguas residuales; los hospitales y las residencias de ancianos a menudo se encuentran en un estado deplorable, el transporte público es ineficiente. Sin embargo, nuestra sociedad de consumo aspira todavía a construir el paraíso en la tierra: su objetivo es poner la lavadora, el transistor, la minifalda y el automóvil al alcance de todos, lo que Galbraith llamaba “miseria pública en medio de la opulencia privada”. ¿Por qué debe ser así? Porque desde el punto de vista del capitalista, las instalaciones y los servicios públicos no son rentables, las necesidades que estas infraestructuras deberían atender no son traducibles en términos monetarios; su satisfacción no supone un beneficio inmediato por la ley del mercado. En consecuencia el capitalismo tiende a descuidarlas o a suprimirlas para dar prioridad a las necesidades individuales, es más interesante multiplicar las necesidades del consumidor que crear servicios públicos. Así, una parte sustancial de los ingresos nacionales se desperdicia y se malgasta mientras se deja sin atender el coste de las instalaciones y los servicios públicos. Si el arquitecto está dispuesto a asumir toda la carga de sus responsabilidades, debe ser consciente de esa situación y contribuir activamente a la rectificación de esta política injusta. Debe demostrarse que, en contra de lo que nos hacen creer, que, ante todo, la satisfacción de las necesidades colectivas puede cambiar realmente nuestras condiciones de vida.

Tomemos el ocio, por ejemplo. Cabe preguntarse si no sería una mejor idea civilizar el tiempo libre de cada día en lugar de desarrollar el turismo a la enésima potencia. En la actualidad la miseria de nuestras ciudades no nos deja otra opción, hay una carencia de parques, paseos o piscinas; el aire fresco, el silencio y la tranquilidad están fuera del alcance de los ciudadanos durante la semana. Menos horas de trabajo, significa tan sólo que el trabajador regresa más temprano que antes al distrito lúgubre donde vive y ¿qué hará cuando llegue allí? Un paseo queda fuera de lugar, las calles no están hechas para eso, tampoco puede ir a un club juvenil, a un centro cultural, a un club de aficionados o a una biblioteca porque no hay nada de eso; ¿el teatro? está lejos, es caro y sus programas y, en particular, sus horarios son para la clase media. ¿Qué más hay? La televisión, que es muy poca cosa. Por supuesto, podría haber más tiempo libre al final de la semana, pero surge de nuevo el mismo problema. No hay cerca ni lagos ni bosques que sean accesibles por ferrocarril o por transporte interurbano; con lo que hace falta tener un coche para escapar el fin de semana y encontrar aire fresco y relajación. Pero para comprar un automóvil hace falta dinero y para ganar dinero hay que trabajar más horas. Se vuelve un círculo vicioso. Como no hay ninguna disposición para el descanso semanal del trabajador urbano o para su tiempo libre de cada día, no hay otra cosa que irse una vez al año a Yugoslavia; llena el depósito de gasolina y adelante. En el viaje puede vengarse, asume sus propias responsabilidades y toma veinte decisiones rápidas en cada kilómetro; en un día en la carretera muestra más iniciativa que en un año en la oficina o en la fábrica. El coche representa su libertad personal, Pero no se da cuenta de que se ha convertido en la causa primera de su necesidad de evasión porque el capital invertido en su coche absorbe los recursos que harían falta para la mejora de su entorno.

Debemos esta difícil situación a los monopolios, a los fideicomisos y los bancos que se han convertido en los verdaderos amos de nuestro país, dictan sus órdenes a los gobiernos y se colocan por encima de la ley y la voluntad popular. Aun así, hay otra política que podría ponerse en marcha de inmediato. Debemos oponernos a las soluciones impulsadas por los poderes financieros, que sólo están destinadas a engrosar su propio beneficio, por otras soluciones de nuestra propia cosecha que son las del pueblo en su

conjunto. La primera y la más importante, la primera piedra de todo progreso futuro, consiste en la limitación y, más tarde, en la destrucción de la omnipotencia de los monopolios. Deben tomarse medidas para garantizar que el margen gigante de beneficios de la economía capitalista se dedique a la mejora de las condiciones de vida de la gente común y al desarrollo general del país. Los medios para este fin son muchos y variados. En primer lugar está la nacionalización de los grandes bancos, los trusts más importantes y las empresas que realizan una función de servicio público; el control público de las inversiones y del crédito, el control de los precios y de las principales importaciones y exportaciones; una política fiscal que combata el exceso de beneficios de las empresas; medidas concretas contra la especulación de tierras y propiedades; y el desarrollo de un sistema de cooperación digna de ese nombre.

Estar políticamente comprometido significa prestar apoyo a los movimientos, organizaciones, asociaciones, partidos y sindicatos que luchan por utilizar estos medios y alcanzar estos fines. Significa adquirir las competencias que permitan el desarrollo de la sociedad, de forma que pueda ser controlada y orientada a establecer mecanismos que frenen y reorienten el poder del capital. También significa luchar por la paz porque aunque no hay suficiente dinero para mejorar el medio ambiente, siempre hay más que de sobra para su destrucción. En la actualidad Estados Unidos gasta 2.8 billones de dólares al mes en su agresión en Vietnam, calculemos cuántas viviendas se podrían construir con esta suma. El mundo gasta ciento cincuenta mil millones de dólares al año en armamentos, el equivalente a la mitad del ingreso de todos los países subdesarrollados del mundo. Si los arquitectos quieren tener un papel en la mejora de las condiciones de vida, deben reincorporarse a las filas de aquellos que están tratando de poner fin a la guerra en Vietnam y lograr el desarme nuclear, los acuerdos regionales sobre las limitaciones de armamentos, la disolución de los bloques militares y una política general de distensión.

En lo que respecta a la tecnología y la estrategia, el armamento y la carrera espacial están estrechamente vinculados entre sí. Los cohetes interplanetarios, los satélites artificiales y la exploración del universo sirven también para satisfacer el deseo de evasión de un ser humano que se siente frustrado y ansioso. Pasará mucho tiempo antes de que pueda pensarse en emigrar a otro planeta. Desde este punto de vista, el dinero invertido en la investigación espacial es excesivo, podría conseguirse un importante ahorro mediante una difusión de la investigación a más largo plazo y evitar la competencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética que gastan fantásticas sumas en un mismo objetivo. La mitad de estos recursos debería dedicarse a la investigación en beneficio de los seres humanos cuyas vidas están acosadas en esta tierra por la pobreza y las privaciones. Hoy día ya no basta simplemente con encontrar mejores formas para poner la naturaleza al servicio de la humanidad, es la propia humanidad la que va más allá de nosotros. Por eso la luna tendrá que esperar.

Por último tenemos nuestros deberes con los países subdesarrollado donde la situación de los asentamientos humanos es catastrófica. Es muy difícil hacer una evaluación precisa a este respecto, pero el número de viviendas que habría que construir alcanza cientos de millones, a las que hay que añadir la infraestructura y el equipamiento necesarios. Y como estos países también tienen que resolver los problemas del hambre, la enfermedad, la ignorancia y la creación de medios de producción, deben apelar a países extranjeros para obtener ayuda. Lamentablemente esto apenas cubre las pérdidas que sufren a causa de su dependencia económica, pérdidas en las que incurren por la repatriación de las ganancias de las empresas extranjeras y la creciente brecha entre los precios de las materias primas y los precios de los productos manufacturados. América Latina, por ejemplo, perdió ciento veintitrés mil millones de dólares de esta manera entre 1951 y 1962, periodo durante el que recibió sólo ciento tres mil millones de dólares en inversiones privadas y donaciones públicas. Los países subdesarrollados tienen que hacer frente a estos problemas por sus propios medios y conseguir que los potencias que hoy los dominan, los traten como iguales. Pero mientras tanto, debemos ayudar a todos aquellos grupos organizados en el tercer mundo que son una esperanza contra la opresión externa e interna; en nuestro país tenemos que exigir una política exterior de desarrollo equilibrado, un desarrollo que no dependa de los acuerdos de licencia, de las exportaciones de automóviles y del despilfarro, sino de la utilización de los recursos naturales y humanos.

Dentro de treinta y tres años, la población mundial casi se habrá duplicado. Si queremos que el planeta sea habitable para esos seis mil millones de personas, debemos renunciar a las ilusiones de estetas, visionarios y tecnócratas y doblar nuestros esfuerzos para lograr una verdadera transformación del mundo. Debemos intercambiar los sueños de sagrada independencia por una política de permanente adaptación a la realidad en un mundo que cambia dinámicamente.

Traducción y notas de Eugenio Vega. Para la traducción del presente texto se han utilizados dos ediciones: una, la que apareció en el número 19/20 de la revista *ulm*, publicada en 1967, cuando Claude Schnaidt era aún profesor de la Hochschule für Gestaltung; otra, la que se recoge en la recopilación de textos que, con el título de *Autrement dit, Ecrits 1950-2001* publicado en Suiza por Infolio en 2004.